

TIEMPO PASCUAL**3º DOMINGO de PASCUA****15 de abril****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

¿Cómo estamos viviendo el Tiempo Pascual? ¿Nos sirve para la vida? ¿les sirve a los que nos rodean?

LECTURA:**Lucas 24,35-48***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS**

Los relatos pascuales nos descubren diversos caminos para encontrarnos con el resucitado. El relato de Emaús es quizás el más significativo, y sin dudas el más extraordinario. La situación de los discípulos está bien descrita desde el comienzo y refleja un estado de ánimo en el que nos podemos encontrar también nosotros hoy. Los discípulos poseen aparentemente todo lo necesario para creer. Conocen los escritos del A.T., el mensaje de Jesús, su actuación y su muerte en la cruz. Han escuchado también el mensaje de la resurrección. Las mujeres les han comunicado su experiencia y les han anunciado que está vivo. Todo es inútil. Ellos siguen su camino envueltos en tristezas y desalientos. Todas las esperanzas puestas en Jesús se han desvanecido con el fracaso de la cruz.

El Evangelista va a sugerir dos caminos para recuperar la fe viva en el Resucitado. El primero es la escucha de la Palabra de Jesús. Aquellos discípulos siguen, a pesar de todo, pensando en Jesús, hablando de él, preguntando por él. Y es precisamente entonces cuando el resucitado se hace presente en su caminar. Allí donde unos hombres y mujeres recuerdan a Jesús y se preguntan por el significado de su mensaje y su persona, allí está él, aunque sean incapaces de reconocer su presencia.

No esperemos grandes prodigios. Si alguna vez, al escuchar el evangelio de Jesús, y recordar sus palabras, hemos sentido arder nuestro corazón, no olvidemos que él camina junto a nosotros.

El Evangelista nos recuerda una segunda experiencia, es el gesto de la Eucaristía. Los discípulos retienen al caminante desconocido para cenar juntos en la aldea de Emaús. El gesto es sencillo, pero entrañable. Unos caminantes cansados del viaje se sientan a compartir la misma mesa. Se aceptan como amigos y descansan juntos de las fatigas de un largo caminar. Es entonces cuando a los discípulos se les abren los ojos y descubren a Jesús como alguien que alimenta sus vidas, los sostiene en el cansancio y los fortalece para el camino.

Si alguna vez, por pequeña que sea nuestra experiencia, al celebrar la eucaristía nos sentimos fortalecidos en nuestro camino y alentados para continuar nuestro vivir diario, no olvidemos que Jesús es quien está alimentando nuestra vida y nuestra fe.

Al pasar los años en las comunidades cristianas se fue planteando espontáneamente un problema muy real. Pedro, María Magdalena y los demás discípulos habían vivido experiencias muy especiales de encuentro con Jesús vivo después de su muerte. Experiencias que a ellos lo llevaron a creer en Jesús resucitado. Pero los que se acercaron más tarde al grupo de seguidores, cómo podrían despertar y alimentar esa misma fe?

Este es también nuestro problema. Nosotros no hemos vivido el encuentro con el Resucitado que vivieron los primeros discípulos. Con qué experiencia podemos contar nosotros? Esto es lo que plantea el relato de los discípulos de Emaús.

Los dos caminan hacia sus casas, tristes y desolados. Su fe en Jesús se ha apagado. Ya no esperan nada de él. Todo ha sido una ilusión. Jesús que los sigue sin hacerse notar los alcanza y camina con ellos. Lucas expone así la situación: Jesús se puso a caminar con ellos, pero sus ojos no eran capaces de reconocerlos. Qué pueden hacer para experimentar su presencia viva junto a ellos.

Lo importante es que estos discípulos no olvidan a Jesús; conversan y discuten sobre él; recuerdan sus palabras y sus hechos de gran profeta; dejan que aquel desconocido les vaya explicando lo ocurrido. Sus ojos no se abren enseguida, pero su corazón comienza a arder.

Es lo primero que necesitamos en nuestras comunidades: recordar a Jesús, ahondar en su mensaje y en su actuación, meditar en su crucifixión... si, en algún momento, Jesús nos conmueve, sus palabras nos llegan hasta adentro y nuestro corazón comienza a arder, es señal que nuestra fe se está despertando.

No basta. Según Lucas es necesaria la experiencia de la cena eucarística. Que aunque todavía no saben quién es, los dos caminantes sienten necesidad de Jesús. Les hace bien su compañía. NO quieren que los deje: quédate con nosotros. Lucas lo subraya con gozo: Jesús entró para quedarse con ellos. En la cena se les abren los ojos. Esta son dos experiencias claves: sentir que nuestro corazón arde al recordar su mensaje, su actuación y su vida entera; sentir que, al celebrar la eucaristía, su persona nos alimenta, nos fortalece y nos consuela. Así crece en la Iglesia la fe en el resucitado.

Camino de Emaús, los dos discípulos marchan con aire entristecido. NO tienen meta ni objetivo. Su esperanza se ha apagado, Jesús ha desaparecido de sus vidas. Habla y discuten sobre él, pero, cuando se les acerca lleno de vida, sus ojos no son capaces de reconocerlo.

Jesús los había imaginado de otra manera al enviarlos de dos en dos: llenos de vida, contagiando paz en cada casa, aliviando el sufrimiento, curando la vida y anunciando a todos que Dios está cerca y se preocupa de nosotros.

Aparentemente, estos discípulos tienen lo necesario para mantener viva la fe, pero algo ha muerto dentro de ellos. Conocen las escrituras sagradas: no le sirve de nada. Han escuchado el Evangelio en Galilea: todo le parece ahora una ilusión del pasado. Ha llegado hasta ellos el anuncio de que Jesús está vivo: cosas de mujeres, quién puede creer en algo semejante? Estos discípulos tienen todo y no tienen nada. Les falta lo único que pueden hacer "arder su corazón": el contacto personal con Jesús vivo.

¿No será este nuestro problema? ¿porqué tanta mediocridad y desencanto entre nosotros? ¿porqué tanta indiferencia y rutina? Se predica una y otra vez la doctrina cristiana; se escriben excelentes encíclicas y cartas pastorales; se publican estudios eruditos

sobre Jesús. NO faltan palabras y celebraciones. Nos falta tal vez una experiencia mas viva de alguien que no puede ser sustituido por nada ni por nadie: Je'sus, el viviente.

No basta celebrar misas ni leer textos bíblicos de cualquier manera. El relato de Emaús habla de dos experiencias básicas. Los discípulos no leen un texto, escuchan la voz inconfundible de Jesús, que hace arder su corazón. No celebran una liturgia, se sientan como amigos a la misma Mesa y descubren juntos que es el mismo Jesús quien los alimenta.

¿Para qué seguir haciendo cosas de una manera que no nos transforma? ¿No necesitamos, antes que nada, un contacto mas real con Jesús? ¿una nueva simplicidad? Una fe diferente? No necesitamos aprender a vivirlo todo con más verdad? Y desde una dimensión nueva? Si Jesús desaparece de nuestro corazón, todo lo demás es inútil.

El relato de los discípulos de Emaús nos describe la experiencia vivida por dos seguidores de Jesús mientras caminan desde Jerusalén hacia la pequeña aldea de Emaús, a 8 Km de distancia de la capital. El narrador lo hace con tal maestría que nos ayuda a reavivar también hoy nuestra fe en Cristo Resucitado.

Dos discípulos de Jesús se alejan de Jerusalén abandonando el grupo de seguidores que se ha ido formando junto a él. Muerto Jesús, el grupo se va deshaciendo. Sin él no tiene sentido seguir reunidos. El sueño se ha desvanecido. Al morir Jesús muere también la esperanza que había despertado en sus corazones. ¿No está sucediendo algo de esto en nuestras comunidades? ¿No estamos dejando morir la fe en Jesús?

Sin embargo, estos discípulos siguen hablando de Jesús. No lo pueden olvidar. Comentan lo sucedido. Tratan de buscar algún sentido a lo que han vivido junto a él. Mientras conversan, Jesús se acerca y se pone a caminar con ellos. Es el primer gesto del resucitado. Los discípulos no son capaces de reconocerlo, pero Jesús ya está presente caminando junto a ellos. No camina Jesús verdaderamente junto a tantos creyentes que abandonan la Iglesia pero olo siguen recordando?

La intención del narrador es clara: Jesús se acerca cuando los discípulos lo recuerdan y hablan de él. Se hace presente donde se comenta su evangelio, donde hay interés por su mensaje, donde se conversa sobre su estilo de vida y su proyecto. ¿no está Jesús ausente entre nosotros porque hablamos poco de él?

Jesús está interesado en conversar con ellos: ¿qué conversaban por el camino? No se impone revelándoles su identidad. Les pide que sigan contando su experiencia. Conversando con él irán descubriendo su ceguera. Se les abrirán los ojos cuando, guiados por su palabra, hagan un recorrido interior. Es así. Si en la Iglesia hablamos mas de Jesús y conversamos más con él, nuestra fe revivirá.

Los discípulos le hablan de sus expectativas y decepciones; Jesús les ayuda a ahondar en la identidad del Mesías crucificado. El corazón de los discípulos comienza a arder; sienten una necesidad de que aquel desconocido se quede con ellos. Al celebrar la cena eucarística se les abren los ojos y lo reconocen: Jesús está con ellos alimentado su fe

Los cristianos hemos de recordar más a Jesús: citar sus palabras, comentar su estilo de vida, ahondar en su proyecto. Hemos de abrir más los ojos de nuestra fe y descubrirlo lleno de vida en nuestras Eucaristías. Jesús no está ausente. Camina junto a nosotros.

No son pocos los que miran hoy a la Iglesia con pesimismo y desencanto. No es la que ellos desearían. Una Iglesia viva y dinámica. Fiel a Jesucristo, comprometida de verdad en construir una sociedad más humana.

La ven inmóvil y desfasada, excesivamente ocupada en defender una moral obsoleta que ya poco interesa, haciendo penosos esfuerzos por recuperar una credibilidad que parece no encontrarse bajo mínimos. La perciben como una institución que está allí casi siempre para acusar y condenar, pocas veces para ayudar a infundir esperanzas en el corazón humano. La sienten con frecuencia triste y aburrida y de alguna manera intuyen-con el escritor con Bernanos- que lo contrario de un pueblo cristiano es un pueblo triste.

La tentación fácil es el abandono y la huida. Algunos hace tiempo que lo hicieron, incluso de manera ruidosa: hoy afirman casi con orgullo creer en Dios pero no en la Iglesia. Otros se van distanciando de ella poco a poco, de puntilla y sin hacer ruido: sin advertirlo apenas nadie se va apagando en su corazón el afecto y adhesión de otros tiempos.

Ciertamente sería un error alimentar en estos momentos un optimismo ingenuo, pensando que llegarán tiempos mejores. Más grave aún sería cerrar los ojos e ignorar la mediocridad y el pecado de la Iglesia. Pero nuestro mayor pecado sería "huir hacia Emaús" abandonar la comunidad y dispersarnos cada uno por su camino, hundidos en la decepción y el desencanto.

Hemos de aprender la lección de Emaús. La solución no está en abandonar la Iglesia, sino en rehacer nuestra vinculación con algún grupo cristiano, comunidad, movimiento o parroquia donde poder compartir y reavivar nuestra esperanza en Jesús.

Donde unos hombres y mujeres caminan preguntándose por él y ahondando en su mensaje, allí se hace presente el resucitado. Es fácil que un día, al escuchar el Evangelio, sientan de nuevo arder su corazón. Donde unos creyentes se encuentran para celebrar juntos la eucaristía allí está el resucitado alimentado sus vidas. Es fácil que un día se abran sus ojos y lo vean.

Por muy muerta que aparezca ante nuestros ojos, en esta Iglesia habita el resucitado. Por eso también aquí tienen sentido los versos de Machado creí mi hogar apagado, revolví las cenizas...y me quemé las manos"

No es fácil creer en Jesús resucitado. En última instancia es algo que solo puede ser captado desde la fe que el mismo Jesús despierta en nosotros. Si no experimentamos nunca por dentro la paz y la alegría que Jesús infunde, es difícil que encontremos por fuera pruebas de su resurrección.

Algo de esto nos viene a decir Lucas al describirnos el encuentro de Jesús resucitado con el grupo de discípulos. Entre ellos hay de todo. Dos discípulos están contando como lo han reconocido al cenar con él en Emaús. Pedro dice que se le ha aparecido. La mayoría no ha tenido ninguna experiencia. No saben que pensar. Entonces Jesús se presenta en medio de ellos y les dice paz a Uds., lo primero para despertar nuestra fe en Jesús resucitado es poder captar también hoy su presencia en medio de nosotros: hacer circular en nuestros grupos, comunidades y parroquias la paz, la alegría y la seguridad que da el saberlo vivo, acompañándonos de cerca en estos tiempos nada fáciles para la fe.

El relato de Jesús es muy realista. La presencia de Jesús no transforma de manera mágica a los discípulos. Algunos se asustan y creen que están viendo un fantasma. En el interior de otros surgen dudas de todo tipo. Hay quienes no lo acaban de creer por la alegría, otros lo siguen atónitos.

Así sucede también hoy. La fe en Cristo resucitado no nace de manera automática y segura en nosotros. Se va despertando en nuestro corazón de forma frágil y humilde. Al comienzo es casi solo un deseo de ordinario crece rodeada de dudas e interrogantes: será posible que sea verdad algo tan grande?

Según el relato, se queda, come con ellos y se dedica a abrirles el entendimiento para que puedan comprender lo que ha sucedido. Quiere que se conviertan en testigos, que puedan hablar desde su experiencia y predicar no de cualquier manera sino en su nombre.

Crear en el resucitado no es cuestión de un día. Es un proceso que a veces puede durar años. Lo importante es nuestra actitud interior. Confiar siempre en Jesús hacerle más sitio en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades cristianas.

Los relatos evangélicos lo repiten una y otra vez encontrarse con el resucitado es una experiencia que no se puede callar. Quien ha experimentado a Jesús lleno de vida siente necesidad de contarlo a otros. Contagia lo que vive. No se queda mudo. Se convierte en testigo.

Los discípulos de Emaús contaban lo que les había acontecido en el camino y como les habían reconocido al partir el pan.

María de Magdala dejó de abrazar a Jesús, se fue donde los demás discípulos y les dijo: he visto al Señor. Los once escuchaban invariablemente la misma llamada: Uds son testigos de estas cosas; como el padre me envió, así los envío yo; proclamen la buena noticia a toda la creación.

La fuerza decisiva que posee el cristianismo para comunicar la buena noticia que se encierra en Jesús son los testigos. Esos creyentes que pueden hablar en primera persona. Los que pueden decir esto es lo que me hace vivir a mí en estos momentos. Pablo de Tarso lo decía a su manera: ya no vivo yo es Cristo quien vive en mí.

El testigo comunica su propia experiencia. No cree teóricamente sobre Jesús, cree en él porque lo siente lleno de vida. No solo afirma que la salvación del hombre está en Cristo; él mismo se siente sostenido, fortalecido y salvado por él. En Jesús vive algo que es decisivo en su vida, algo inconfundible que no encuentra en otras partes.

Su unión con Jesús resucitado no es una ilusión: es algo real que está transformando poco a poco su manera de ser. No es una teoría vaga y etérea es una experiencia concreta que motiva e impulsa su vida. Algo preciso, concreto y vital.

El testigo comunica lo que vive. Habla de lo que le ha pasado a él en el camino. Dice que ha visto cuando se le han abierto los ojos. Ofrece su experiencia. No su sabiduría. Irradia y contagia vida. No doctrina. No enseña teología, hace discípulos de Jesús.

El mundo de hoy no necesita más palabras, teoría y discursos. Necesita más vida, esperanza, sentido y amor. Hacen falta testigos más defensores de la fe. Creyentes que nos puedan enseñar a vivir de otra manera porque ellos mismos están aprendiendo a vivir de Jesús

Se habla mucho del problema del mal, se dice que es la roca del ateísmo, y de hecho son bastante las personas a las que se les hace difícil creer que pueda existir un Dios bueno del que haya brotado un mundo en el que el mal tiene tanto poder. Las preguntas se agolpan unas a otras: ¿Cómo puede quedar Dios pasivo ante tantas desgracias físicas y tragedias morales, o ante la muerte cruenta de tantos inocentes? ¿Cómo puede permanecer mudo ante tantos crímenes y atropellos, cometidos muchas veces por quienes se dicen sus amigos?

Y, ciertamente, es difícil obtener una respuesta si uno no la encuentra en el rostro de Dios crucificado. Un Dios que, respetando absolutamente las leyes del mundo y la libertad de los hombres, sufre el mismo con nosotros, y desde esa solidaridad crucificada abre nuestra existencia dolorosa hacia una vida definitiva.

Pero no existe solo el problema del mal. Hay también un problema del bien. El famoso biólogo francés ateo profeso, pero inquieto hasta su muerte, hacía en alguna ocasión esta honrada confesión: el problema no es que haya mal, al contrario, lo que me extraña es el bien que de vez en cuando aparece, como dice Schopenhauer el milagro de la ternura...la presencia del mal no me sorprende, pero estos pequeños relámpagos de bondad, estos rasgos de ternura son para mí un gran problema.

El que solo es sensible al mal y no sabe gustar la alegría del bien que se encierra en la vida, difícilmente será creyente. Solo quien es capaz de captar la generosidad, la ternura, la amistad, la belleza, la creatividad y el bien puede intuir el misterio del bien y abrirse confiadamente al creador de la vida.

Es significativa la observación de Lucas, que nos indica que los discípulos no acaban de creer por la alegría. El horizonte que les abre Cristo resucitado les parece demasiado grande para creer. Solo creerán si aceptan que el misterio último de la vida es algo bueno, grande y gozoso.

Pablo VI, en su hermosa exhortación "gaudete in domino", invita a aprender a gustar las múltiples alegrías que el creador pone en nuestro camino: vida, amor, naturaleza, silencio, deber cumplido, servicio a los demás... puede ser el mejor camino para resucitar nuestra fe. El Papa llega a pedir que las comunidades cristianas se conviertan en lugares de optimismo donde todos los miembros se entreguen resueltamente al discernimiento de los aspectos positivos de la persona y de los acontecimientos.

Hay muchas maneras de obstaculizar la verdadera fe. Está la actitud del fanático, que se agarra de un conjunto de creencias sin dejarse interrogar nunca por Dios y sin escuchar jamás a nadie que pueda cuestionar su posición. La suya es una fe cerrada donde falta acogida y escucha del misterio y donde sobre arrogancia. Esta fe no libera de la rigidez mental ni ayuda a crecer pues no se alimenta del verdadero Dios.

Esta también la oposición del escéptico que no busca ni se interroga, pues ya no espera nada de Dios, ni de la vida ni de sí mismo. La suya es una fe triste y apagada. Falta en ella el dinamismo de la confianza. Nada merece la pena. Todo se reduce a seguir viviendo sin más. Está además la postura del indiferente que ya no se interesa por el sentido de la vida ni por el misterio de la muerte. Su vida es pragmatismo. Solo le interesa lo que le pueda proporcionar seguridad, dinero o bienestar. Dios le dice cada vez menos. En realidad ¿para qué puede servir creer en él?

Esta también el que se siente propietario de la fe, como si esta consistiera en un capital recibido en el bautismo y que está allí, no se sabe muy bien donde, sin que uno tenga que preocuparse de más. Esta fe no es fuente de vida, sino herencia o costumbre recibida de otros. Uno podría desprenderse de ella sin apenas darse cuenta.

Esta además la fe infantil de quienes no creen en Dios sino en aquellos que hablan de él. Nunca han tenido la experiencia de dialogar sinceramente con Dios, de buscar su rostro o de abandonarse a su misterio. Les basta con creer en la jerarquía o confiar en los que saben de estas cosas. Su fe no es experiencia personal hablan de Dios de oídas.

En todas estas actitudes falta lo más esencial de la fe cristiana: el encuentro personal con Cristo, la experiencia de caminar por la vida acompañados por alguien vivo con quien podemos contar y a quien nos podemos confiar. Solo él nos puede hacer vivir amar y esperar a pesar de nuestros errores, fracasos y pecados.

Según el relato evangélico, los discípulos de Emaús contaban lo que les había acontecido en el camino. Caminaban tristes y desesperanzados, pero algo nuevo se despertó en ellos al encontrarse con un Cristo cercano y lleno de vida. La verdadera fe nace del encuentro personal con Jesús, como compañero de camino.

Según los testigos evangélicos, el resucitado se presenta a sus discípulos con las llagas del crucificado. No es este un detalle menor, de interés secundario, sino una observación importante, teológico, las primeras tradiciones cristianas insisten en un dato, por lo general no solemos valorar en su justa medida: Dios no ha resucitado a cualquiera, ha resucitado a un crucificado.

Dicho de manera más concreta ha resucitado a alguien que ha anunciado a un Padre que ama a los pobres y perdona a los pecadores; alguien que se ha solidarizado con todas las víctimas; alguien, que, al encontrarse el mismo con la persecución y el rechazo, ha mantenido hasta el final su confianza total en Dios.

La resurrección de Jesús es, pues, la resurrección de una víctima. Al resucitar a Jesús Dios no solo libera a un muerto de la destrucción de la muerte. Además hace justicia a una víctima de los hombres y esto arroja nueva luz a él ser de Dios.

En la resurrección no solo se nos manifiesta la omnipotencia de Dios sobre el poder de la muerte. Se nos revela también el triunfo de su justicia sobre las injusticias que cometen los seres humanos. Por fin y de manera plena triunfa la justicia sobre la injusticia, la víctima sobre el verdugo. Esta es la gran noticia. Dios se nos revela en Jesucristo como el Dios de las víctimas.

La resurrección de Cristo es la reacción de Dios a lo que los seres humanos han hecho con su hijo. Así lo subraya la primera predicación de los discípulos: Uds lo mataron elevándolo a una cruz.... Pero Dios lo ha resucitado de entre los muertos. De donde nosotros ponemos muerte y destrucción, Dios pone vida y liberación.

En la cruz, Dios todavía guarda silencio y calla. Ese silencio no es manifestación de impotencia para salvar al crucificado. Es expresión de su identificación con el que sufre. Dios está allí compartiendo hasta el final destino de las víctimas. Los que sufren han de saber que no están hundidos en la soledad. Dios mismo está en su sufrimiento.

En la resurrección, por el contrario, Dios habla y actúa para desplegar su fuerza creadora en favor del Crucificado. La última Palabra la tiene Dios. Y es una palabra de amor resucitador hacia las víctimas. Los que sufren han de saber que su sufrimiento terminara en la resurrección.

La historia sigue, son muchas las víctimas que siguen sufriendo hoy, maltratadas por la vida o crucificadas injustamente. El cristiano sabe que Dios está en ese sufrimiento. Conoce también su última palabra. Por eso su compromiso es claro: defender a las víctimas, luchar contra todo poder que mata y deshumaniza; esperar la victoria final de la justicia de Dios.

ORACIÓN COMUNITARIA:

ACTUAMOS: PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitario